

de Las-Casas pide que digamos que si no se llega á publicar su obra, nunca se le podrá conocer por los mutilados extractos de uno que no podia ser intérprete de sus opiniones; porque en efecto, no es Las-Casas quien habla en aquellas páginas cortesanas de Herrera. Sin embargo, la obra no se debe publicar sin un buen comentario capaz de ilustrar al lector y de precaverle de los indebidos errores del escritor. Yo espero que el manuscrito íntegro, se publicará algun dia bajo los auspicios de esa distinguida corporacion, que ya ha hecho tanto por ilustrar la historia española.

Varias veces ha sido escrita la vida de Las-Casas; pero las dos biografias mas dignas de mencionarse, son la de Llorente, último secretario de la Inquisicion, puesta al principio de la traduccion de los escritos de controversia del obispo; y la de Quintana, en el volumen III de los *Españoles célebres*, modelo de buenas biografias, y enriquecida además por una crítica literaria, tan fina como rigurosa. Me he entendido tanto en esta noticia biográfica, por lo interesante del hombre y por ser poco conocido de los lectores ingleses. Tambien he copiado un pasage de la obra en su original, para que los lectores españoles puedan formarse una idea del estilo. Desde este momento deja de ser autoridad, pues que su noticia sobre la expedicion de Cortés concluye con la destruccion de las naves.

## CAPITULO IX.

Lo que pasó en Zempoalla. — Los españoles suben la mesa central. — Paisajes pintorescos. — Tratado con los indios. — Embajada á Tlaxcala.

(1519.)

Estando en Zempoalla recibió Cortés un mensaje de Escalante, comandante de Villa Rica, en que le decia que cuatro naves extrañas estaban recorriendo la costa, sin poder comprender sus repetidas señales. Esta noticia alarmó mucho al general, que temió no fuese alguna escuadra mandada por el gobernador de Cuba para estorbar sus movimientos. A toda prisa se dirigió á Villa Rica, acompañado de unos pocos de caballería, ordenando á una parte de la infantería que le siguiese con direccion á aquel punto, y dejando el resto á las órdenes de Pedro de Alvarado y Gonzalo de Sandoval, jóven capitan que



desde entonces comenzó á dar pruebas de las raras prendas que le grangearon despues un lugar distinguido entre los conquistadores de México.

Escalante instaba á Cortés para que le permitiese ir con algunos de los que quedaban, en busca de los recién venidos; pero Cortés le respondió con el proverbio español: "cabra coja, no tenga siesta;"<sup>1</sup> y sin esperar á descansar ni él ni sus compañeros, se dirigió tres ó cuatro leguas hácia el Norte, al lugar donde le habian dicho que estaban ancladas las naves. En su camino encontró á tres españoles que acababan de desembarcar: á las preguntas que ansiosamente les hizo de que "de dónde venian," respondieron "que pertenecian á la escuadra armada por el gobernador de la Jamaica Francisco Garay." Esta persona habia visitado el año anterior la costa de la Florida, y obtenido del gobierno español, en cuya córte gozaba alguna influencia, el gobierno de todas las tierras que descubriese en aquellas cercanías. Los tres hombres eran el notario público y dos testigos, enviados á tierra para prevenir á Cortés que desistiese de su empresa, por ser esta una usurpacion de los derechos de Garay. Probablemente ni el gobernador de Jamaica ni sus capitanes tenian nociones positivas acerca de la geografia y límites de aquellos territorios.

1 «Cabra coja, no tenga siesta.»

Luego conoció Cortés que de allí nada tenia que temer; pero sin embargo, bien hubiera querido inducir por cualesquiera medios á la tripulacion de las naves, á que se uniesen á su expedicion. Por parte del notario y los dos testigos no hubo dificultad; pero cuando se puso á la vista de los buques, desconfiando la tripulacion de la buena armonía en que parecian estar sus camaradas con los españoles, no quisieron mandar á la playa su esquife. En tal aprieto, se valió Cortés de una estratagema; mandó á tres de sus soldados que trocasen sus vestidos por los de los recién venidos, y en seguida se revolvió con su corta partida de soldados, fingiendo que se iba para la ciudad: en la noche volvió al mismo lugar y permaneció emboscado, previniendo á los españoles disfrazados que luego que rayase el dia hiciesen señales á los que estaban en las naves. El ardid tuvo todo su verificativo: al instante despacharon estos un bote con gente armada, y tres ó cuatro de los soldados saltaron á tierra; pero al instante conocieron su engaño, porque Cortés salió de su escondite y los hizo prisioneros. Los camaradas que estaban en el bote, espantados de aquel sucesos, se volvieron apresuradamente á las embarcaciones, las cuales levaron tambien anclas, abandonando á su suerte á los que habian quedado en tierra. Así terminó este negocio: Cortés regresó á Zempoalla con media docena de buenos reclutas de refuerzo, y lo



que es mas importante, libre del temor de que viniese nadie á mezclarse en sus operaciones.<sup>1</sup>

Comenzó luego á hacer sus preparativos para un inmediato viage á la capital totoneca. El ejército que debia acompañarle al viage, se componia de cerca de 400 de infantería y 15 de á caballo, con siete piezas de artillería. Consiguió tambien 1300 indios guerreros y 1000 *tomanes* ó cargadores, para arrastrar los cañones y trasportar los bagages. Se acompañó además de cuarenta de los principales, no solo para tenerles como en rehenes, sino para que le sirviesen de guía en aquellos desconocidos países, y de consejeros entre los nuevos pueblos que iba á recorrer; y de hecho le fueron de grande utilidad durante la marcha.<sup>2</sup>

El resto del ejército se quedó de guarnicion en Villa Rica de Veracruz, á las órdenes de Juan Escalante, uno de los capitanes mas adictos á Cortés; eleccion prudente, pues importaba dejar allí un hombre que pudiese por una parte resistir la interven-

1 Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 1. Relacion seg. de Cortés, en Lorenzana, págs. 42, 45. Bernal Diaz, Hist. de la Conq., caps. 59, 60.

2 Gomara, Crónica, cap. 44. Ixtlilxochitl, Hist. Chich., MS., c. 83. Bernal Diaz, op. cit., cap. 61.

El número de los indios auxiliares referido en el texto, es mucho mayor que el que dicen Cortés y Bernal Diaz. Pero ambos dos, actores en el drama, descubren demasiado el deseo de ensalzar sus proezas, exagerando el número de sus enemigos y disminuyendo el suyo propio, para que su dicho sea digno de entera confianza.

cion hostil de los rivales europeos, y por la otra, mantener la paz y armonía con las tribus amigas. Cortés previno á los totonecas que en caso de algun peligro ocurriesen á Escalante; seguros de que mientras permaneciesen fieles á su nuevo soberano y nueva religion, encontrarian ayuda y proteccion en los españoles.

Antes de partir dirigió el general á sus soldados algunas palabras para animarles. Díjoles que dentro de poco iban á dar principio á la grande empresa, objeto de sus anhelos, y que confiasen en que el Divino Salvador les sacaria victoriosos de todas las batallas contra sus enemigos; añadióles en seguida estas palabras: "no tenemos otro socorro y ayuda sino el de la Divina Providencia y de nuestros esforzados corazones."<sup>1</sup> Acabó su allocucion comparando sus hechos con los de los antiguos romanos, en frases de melíflua elocuencia que no me es posible repetir, dice el sencillo y valiente historiador que le escuchó. Cortés poseía esa elocuencia que domina el corazon de los soldados, porque le tenian simpatía, y él á su vez participaba del espíritu romancesco de ellos. Todos á una voz exclamaron: "estamos prontos á obedeceros: echada está la suerte de nuestra buena ó mala ventura."<sup>2</sup> Despidiéronse, pues,

1 «No teniamos otro socorro ni ayuda sino el de Dios; porque ya no teniamos navíos para ir á Cuba, salvo nuestro buen pelear y corazones fuertes.» Bernal Diaz, Hist. de la Conq., cap. 59.

2 «Y todos á una le respondimos, que haríamos lo que ordenase;



de sus hospitalarios y amigables indios, y lleno el corazón de doradas esperanzas y de lisonjeros proyectos de conquista, emprendió su camino hácia México aquel pequeño ejército.

Esto fué el 16 de Agosto de 1519. Durante el primer día hicieron su camino por la tierra caliente, la hermosa region donde habian permanecido durante tanto tiempo; la tierra del cacao, la vainilla, la cochinilla, y en los últimos días del viage, de los naranjos y la caña de azúcar; donde las flores y las frutas se suceden en no interrumpido círculo durante todo el año; donde el ambiente está embalsamado de perfumes que cansan los sentidos con su suavidad; cuyos bosques están frecuentados por multitud de pájaros é insectos cuyas alas esmaltadas relucen como diamantes, con los rayos del sol vívido de los trópicos. Tales son los encantos de este paraíso; pero la naturaleza, que en todo muestra su espíritu de compensacion, también allí la ha establecido; pues ese mismo sol que vivifica aquellos portentos de los reinos animales y vegetales, engendra la pestilente malaria, con todo ese acompañamiento de enfermedades biliosas, desconocidas bajo el helado cielo del norte. La estacion en que llegaron á la tierra caliente los españoles, eran precisamente los lluviosos meses del otoño, durante los cuales el vó-

que echada estaba nuestra suerte de la buena ó mala ventura.» Loco citato.

mito hace sus mas furiosos estragos en el extranjero que osa apenas asentar allí la planta, y mas todavía en el que se demora siquiera un día. En los recuerdos que nos han trasmitido los conquistadores, no se encuentra ninguna noticia del vómito ni de ninguna otra enfermedad extraordinariamente mortal. Este hecho corrobora la opinion de los que afirman que el vómito no apareció sino hasta mucho despues de ocupada la tierra por los blancos; ó prueba por lo menos, que si entonces existia, era muy benigno.

Despues de pasar muchas leguas por caminos casi intransitables á causa de las lluvias del otoño, comenzaron á subir los españoles gradualmente, y mas gradualmente hácia al Este que hácia al Oeste de las cordilleras que conducen á la mesa central de México. Al día siguiente llegaron á Jalapa, ciudad que aun conserva su nombre azteca, en la cual crece esa planta que también lo lleva, y que es tan conocida en todo el mundo por sus virtudes medicinales.<sup>1</sup> Esta ciudad está situada á la medianía de aquella larga subida, á una altura en que los vapores del Oceano al pasar hácia al Occidente, mantienen el rico verdor de los campos durante todo el año. Aunque un poco infectado por estas nieblas marinas, el aire es blando y salubre: los habitantes

<sup>1</sup> *Convulvulus jalape*, Linn. Las consonantes *j* y *x* se convierten la una en la otra en castellano.



acomodados de las regiones inferiores, se retiran á ella para preservar su salud, durante los calores del otoño; y los viajeros divisan con delicia aquellos bosque de encinas, porque ellas les anuncian que han escapado de la mortífera garra del vómito.<sup>1</sup> Desde este sitio delicioso gozaron los españoles de uno de los mas magníficos paisajes: al frente tenían la escarpada subida, mas escarpada desde allí en adelante, que tenia que emprender: á la derecha se levanta la *Sierra Madre*, ceñida de su negro cinturón de pinos, y cuyas largas filas de colinas se estenden hasta perderse en la distancia; al Sur, formando un contraste brillante, se levanta el soberbio Orizava, cuya falda está cubierta de una blanca túnica de nieve, y que se eleva en solitaria grandeza, como el espectro gigantesco de los Andes. Entre ellos y á su planta se desenvuelve la magnífica tierra caliente, con su alegre confusión de prados, arroyos y selvas floridas, y de la cual brotan por todas partes los relucientes pueblillos de los indios; una débil línea de luz que se estendia á lo largo de todo el horizonte, les decia á los españoles que allí estaba el Océano, mas allá del cual habian dejado su familia y su patria, muchos para no volverla á ver jamás.

<sup>1</sup> Las alturas de Jalapa están coronadas por un convento dedicado á San Francisco, y erigido por Cortés en los últimos años de su vida: éste, como otros edificios de aquel tiempo, prueban por su solidez que tenían á la vez un designio militar y religioso. Tudor's Travels in North America (London, 1834) vol. II, pág. 186.

Corriendo el camino por entre perspectivas tan diversas como lo son los climas de aquellas regiones, y pasando por poblaciones indias, de algunos centenares de habitantes cada una, llegaron al cuarto día á una ciudad fuerte, como la llamó Cortés, la cual se levantaba sobre una roca, que se supone ser la que hoy conocen los mexicanos con el nombre de Naulinco. Recibieron allí muy hospitalariamente, por ser aquellas gentes, amigas de los totonecas; procurando Cortés inculcarles por medio del Padre Olmedo, algunas verdades cristianas, que gustosamente recibieron, por manera que se les permitió á los españoles erigir una cruz en medio de la plaza, para que la adorasen los indios. El camino del ejército estaba señalado por estos emblemas de la salvación del hombre, erigidos en todas las poblaciones indias, que se prestaban á ello; y sugerian entonces al viajero una idea muy diversa de la que sugieren al presente.<sup>1</sup>

Las tropas entraron despues á un áspero desfiladero, el *Paso del Obispo*<sup>2</sup> capaz de ser fácilmente

<sup>1</sup> Oviedo, Hist. de las Ind., lib. 33, cap. 1. Relacion segunda de Cortés, en Lorenzana, pág. 40. Gomara, Crónica, cap. 44. Ixtlilxochitl, Hist. Chich., MS., cap. 83.

«Á cada cien varas del camino, dice el viajero últimamente citado, hablando de esta misma region, se encuentra una cruz de madera, que indica, segun las costumbres de aquel país, que allí se ha cometido algun horrible atentado.» Tudor's Travels, etc., vol. II, p. 188.

<sup>2</sup> El Paso del Obispo: Cortés le llama Puerto del Nombre de Dios. Viage, en Lorenzana, pág. II.



defendido contra todo un ejército. Luego comenzaron á sufrir el desfavorable cambio del clima; á recibir los frios vientos de las montañas, acompañados de lluvias, y luego que subieron un poco mas, las aguas nieves y el granizo, que empaparon sus vestidos y parece que les penetraron hasta los huesos. Los españoles cubiertos en parte por sus armaduras y jaquetas acolchadas de algodón, á pesar de que su larga residencia en las abrasadoras regiones del valle, les habia hecho muy sensibles á la intemperie, podian resistir mejor á ella; pero los pobres indios, nativos de tierra caliente, con pocos vestidos que les abrigasen, sucumbieron al rudo embate de los elementos, y perecieron en gran número en el camino.

El aspecto del país era tan árido y triste como el clima. El camino atraviesa por el pié del enorme Cofre de Perote, montaña que debe su nombre tanto en castellano como en mexicano, á la forma de su pico, parecido á un cofre: es una de las montañas mas altas de Nueva-España:<sup>1</sup> hoy es verdad que no ofrece en su cumbre vestigios de un cráter; pero los hay en abundancia en su base, donde las lavas, escorias ennegrecidas y canizas, atestiguan las

<sup>1</sup> El nombre mexicano es Nauhcampatepetl, formado de Nauhcampa, cosa cuadrada, y tepetl, montaña. Humboldt, que llegó por entre los bosques y los hielos á la cumbre, fija su altura en 4,089 metros franceses, ó 13,414 piés sobre el nivel del mar. Véanse las Visras de las Cordilleras, pág. 234.

convulsiones de la naturaleza; al mismo tiempo que los numerosos arbustos y troncos de árboles enormes, que hay en las grietas, prueban la antigüedad de aquellos sucesos. Al proseguir su penoso camino por entre aquellas escenas de desolacion, frecuentemente se vieron los españoles orillados á precipicios, en cuyo fondo se podian divisar á la espantosa profundidad de dos ó tres mil piés, otro clima y otra esplendente vegetacion.

Despues de tres dias de este viage fatigoso, pasó el cansado ejército por otro desfiladero llamado la *Sierra del Agua*.<sup>1</sup> Poco despues llegaron á una llanura cuyo clima era el que es propio de los países templados de Europa. Estaba ya, despues de subir á la altura de 7,000 piés sobre el nivel del mar, en esas inmensas llanuras que se extienden centenares de leguas sobre la cresta de las cordilleras. El país daba señas de un esmerado cultivo; pero de plantas desconocidas hasta entonces de los españoles. Por todas partes se veían campos y setos de varias especies de tunales, de órganos elevados y plantíos de maguey con abundantes racimos de flores amarillas en su alto tallo: las plantas de la zona tórrida habian ido desapareciendo conforme subian: el plátano con sus hojas negras y lustrosas, el mas co-

<sup>1</sup> El mismo que Cortés llamó en sus cartas con el nombre de *Puerto de la Leña*. Viage, en Lorenzana, pág. III.